

Bavoux, Andry de Puyraveau y Chardel, que resolvieron ir á constituirse el siguiente dia en las Casas Consistoriales. Hasta entonces ninguna notabilidad militar se habia puesto al frente del pueblo; solo el gen ral Doubourg, presentado á los habitantes del barrio de la Lonja, fué el primero que se lanzó en la revolución, publicando esta proclama:

«Conciudadanos: elegido general vuestro por el unánime consentimiento de vosotros, procuraré mostrarme digno de la eleccion de la noble guardia nacional de Paris. Combatimos en defensa de las leyes y de la libertad... conciudadanos, cierto es el triunfo.

«Espero obedecereis las órdenes de los gefes que os he designado, á los cuales guardareis el debido respeto.

«Pronto se rendirán las tropas de línea, y las de la guardia imitarán tan patriótico ejemplo. Los traidores que han encendido la guerra civil, y que creian poder impunemente ametrallar al pueblo, van á verse obligados á dar cuenta ante los tribunales de la violacion de las leyes y de sus sanguinarias tramas.

«Cuartel general de la plaza de la Lonja, punto de reunion para marchar á la conquista de la libertad.»

Entretanto no descansaba el pueblo; tocaban á rebato las campanas, y entre el horror y tinieblas de la noche mezclaban sus hondos y espantosos tañidos con los gritos de los centinelas y con las últimas descargas del combate. Desarmáronse todas las guardias y piquetes, cuarteles y barreras; los barrios empezaron á ponerse de acuerdo, y coordinaron un plan de ataque para el siguiente dia. Multiplicáronse como por encanto las barricadas, en que trabajaba toda una poblacion, que apenas tuviéra tiempo de satisfacer las primeras necesidades de la subsistencia, y entonces fué cuando el pueblo recibió uno de sus mayores refuerzos, pues le trajo tantos gefes cuantos individuos lo componian. Forzando los alumnos de la Escuela politécnica las puertas de su colegio, preséntanse á sus conciudadanos que los saludan con entusiasmo: —«Yo seré vuestro gefe! esclama uno, y monta un caballo blanco.» —«Mi general, dice otro, soy vuestro edecan,» y se ciñe el cuerpo con un pañuelo amarillo á guisa de faja. Y empezando al pun-

to á dictar disposiciones, bien demuestran con sus hechos que no en vano se apropian semejantes títulos. Nuevas barricadas levántanse bajo la inspeccion de unos con todas las reglas del arte, mientras otros capitanean los destacamentos que van á desarmar los cuerpos de guardia, y muchos recorren todos los barrios organizando divisiones capaces de dar ó sostener un formal ataque.—Entretanto continuaba la corte en Saint-Cloud, y S. M. se divertía jugando al whist, mientras la sangre humeaba en las calles de la capital, y una poblacion irritada se disponia para añadir á los gloriosos hechos de estos dos dias la última jornada, que debia romper la corona en su cabeza.

Las órdenes de los ministros enviadas á varios puntos de las cercanías para concentrar en Paris todas las fuerzas empezaban á tener efecto este dia, 29, pues entráran mil quinientos infantes y seiscientos caballos de refresco; pero su número apenas cubria las pérdidas y deserciones de la anterior jornada. Para reanimar á los desfallecidos soldados, leyóles el duque de Ragusa una orden del dia, en que S. M. les manifestaba su satisfaccion por su brillante proceder, al paso que para darles un positivo testimonio de ella, mandaba se les gratificase con un mes y medio de paga De 421,000 francos, á que ascendió el presupuesto, solamente 371,051 se repartieron, pues no fué posible enviar á todos los puntos la gratificacion; y tanta era el hambre del soldado, que gastó buena parte de aquella comprando lo necesario para satisfacerla.

Mientras esto acontecia, íbase acabando de organizar el pueblo, que ya ofrecia el aspecto de un ejército regularmente armado; la revolucion se hacia general; continuamente se reunian á los combatientes estudiantes, dependientes de comercio, jóvenes de toda clase é individuos de la guardia nacional, y la llegada de la mayor parte de los propietarios, cabezas de familia y personas de calidad trajo la confianza al pueblo ínfimo, casi único que hasta entonces sostuviéra las fatigas de la pelea. Aparecieron tambien muchos militares y diputados, y poniéndose al frente de los parisienses, fueron inspeccionando todos los parapetos, recorriendo todos los puntos, corrigiendo lo defectuoso y dando órdenes sábias y oportu-



tunas. El general Dubourg, comandante del barrio de la Lonja, vestido con su uniforme y llevando una gran escarapela tricolor, presentóse al frente de una crecida division de paisanos armados, con los-cuales pasó á la plaza de la Lonja, donde habia cinco ó seis mil hombres del pueblo armados tambien. Rodeado por aquella ansiosa multitud, arengóles con voz fuerte, y terminó proponiéndoles marchar al momento á apoderarse de las Casas Consistoriales. Púsose en marcha el gentío, que bien pudiéramos ya llamar division, y dejando el general fuertes destacamentos en el mercado de Prouvaires y en el de los Inocentes, llegó á las Casas Consistoriales de que se apoderó sin resistencia, pues, como vimos, ya las desocupára la tropa. En todas partes tomaba el pueblo la ofensiva, y operaba sus movimientos con una simultaneidad y concierto que bien demostraban su decision y confianza en la justicia de su causa. De meros espectadores, pasaron á agresores los habitantes del arrabal de Saint-Germain, desarmando por sorpresa á cuantos gendarmes encontraron en sus cuarteles, á los piquetes de la guardia del Luxembourg y á los de las barreras.

A las siete de aquella mañana, hora en que en distintas partes se rompieron las hostilidades, dos pares de Francia, los señores de Semonville, y d'Argout, hicieron el último esfuerzo para detener la efusion de sangre, y pasaron al cuartel general de las Tullerías. Viendo la inquietud y manifiesta turbacion de espíritu en que estaba el mariscal, manifestaron sus deseos de ver al presidente del consejo de ministros, que con estos se hallaba en un inmediato aposento; y presentándose Polignac, pidiéronle la revocacion de las ordenanzas ó la dimision del ministerio, único remedio á tantos males. Evadióse de semejantes interpelaciones el ministro pretestando lo limitado de sus facultades, y á poco rato volvióse al aposento mencionado para deliberar con sus cólegas. Pero desesperando los dos nobles pares de obtener ningun satisfactorio resultado, procuraron decidir á su favor el vacilante mariscal, y le propusieron el osado acto de arrestar á los ministros. Ya el gobernador de las Tullerías, Glandeves, se encargaba de

ponerlo por obra, y el señor de Semonville de ir á Saint-Cloud á persuadir al rey; ya el mariscal, vertiendo lágrimas de despecho que le arrancaba lo crítico de su posicion, iba á firmar las órdenes convenientes, cuando presentándose el ministro Peyronnet deshizo aquel plan con una palabra. Limitóse, pues, Marmont á escribir al rey con enérgico laconismo, y partiendo los pares á Saint-Cloud, donde tambien llegaron los ministros, lograron que Carlos X revocase las ordenanzas y mudase el ministerio. Pero, por una fatalidad incomprendible, ó tal vez por la mala fé de los cortesanos que aun quisieron ganar tiempo por si variaban de aspecto los sucesos, hasta la noche no se espidieron las órdenes y circulares precisas, y entretanto el pueblo destrozaba el trono de los Borbones, y las últimas descargas de Paris acompañaban el ruido de su hundimiento!

Durante estos acontecimientos, en la orilla izquierda del Sena aumentóse de tal modo el número de los sublevados, que á poco pudieron destacar varias partidas que debian apoderarse de diferentes puntos. Una, compuesta en su mayor parte de guardias nacionales, tomó el cuartel de guardias de corps, donde encontró 300 fusiles, respetando empero las personas y propiedades de cuantos allí se hallaban; otra atacó el destacamento del palacio de Borbon, cuyo gefe evitó el choque, prometiendo guardar neutralidad y retirándose para ello al jardin; y desde las formidables barricadas construidas en la plaza y calle de Borgoña, hostigaban otros con su continuo fuego á la tropa que ocupaba la plaza de Luis XV.

Al mismo tiempo, por el muelle de la Escuela y calles circumvecinas, habíanse puesto en marcha otras divisiones para el Louvre; pero la fortaleza de aquel edificio, inespugnable sin el auxilio de la artillería, y el vivo fuego que de las rejas, ventanas y azoteas vomitaban los fusiles de los dos batallones suizos que lo guarnecian, burlaron los intrépidos pero temerarios ataques del pueblo, que, al ver derramarse inútilmente tanta sangre, ya empezaba á desmayar, cuando devolióle la esperanza lo que pasaba en la plaza de Vandome. Reunida toda la poblacion de los barrios vecinos á ella,



una inmensa multitud, cuya mayoría constaba de propietarios y gente de suposición y arraigo, cargó á las tropas estacionadas en la mencionada plaza, que eran los regimientos 52 y 53 de línea y los restos de los gendarmes; pero aquellos soldados, que solo con dolor se batiéran con sus hermanos y defendiéran un partido que ya conocían era enemigo de los intereses de la patria, no quisieron ser por mas tiempo víctimas de su ciega obediencia, y envainando la bayoneta y poniendo los fusiles culatas arriba, pasáronse á las filas de aquel pueblo, que tambien solo con dolor peleára contra la tropa de línea, y que en lo posible habia evitado todo choque con ella. Al saberlo Marmont, mandó que uno de los batallones del Louvre pasase á asegurar las comunicaciones de la calle de Saint-Honoré con las Tullerías; y no quedándole al comandante del Louvre mas que un batallon, tuvo que abandonar las rejas, y ceñirse á la defensa interior del patio. Al reparar el pueblo que callára el fuego de las aberturas superiores del edificio, avanzó á las verjas, forzólas, y mandando el ataque un alumno de la Escuela politécnica, arrojóse impávido á la columnata, que al fin escaló apesar del horroroso tiroteo de sus defensores, al mismo tiempo que otra partida avanzaba por el puente de las Artes. Al verse así estrechados los suizos, pierden de repente la serenidad que hasta entonces les sostuvo, y emprenden la retirada á las Tullerías; pero á poco introdúcese el desórden en su marcha, y es tal su espanto que llegan casi en dispersion al Carrousel, cuyas tropas, espantándose tambien al verlo y al oír el ataque que el pueblo rompe de todas partes, dispersáanse á su vez, y mezclados ginetes con infantes echan á huir hácia el interior del jardin. Pero el pueblo picaba su retaguardia, y ya se precipitaba al jardin, cuando Marmont mandó contenerle con algunos disparos de artillería, que dieron tiempo de reorganizar los batallones, para emprender la retirada á Saint-Cloud, que al fin verificaron.

Quedaban aun en Paris el batallon de la Escuela militar y el depósito de suizos establecido en el cuartel de Babilonia. Aquel, gracias al aviso que oportunamente recibió, pudo efectuar su retirada y llegar con poca pérdida al bosque de

Bolonia; pero los suizos, ignorantes de cuanto pasaba, quedaron espuestos á los mas terribles riesgos. Atacó el cuartel una inmensa division del pueblo, mandada por alumnos de la Escuela politécnica; pero desgraciadamente era comandante del depósito un veterano, que en sus treinta años de servicio se habia hallado en las mas gloriosas batallas, y barto confiado en su valor y no escuchando otra voz que la del honor militar, cerró Dufay los oidos á toda proposición, y colocando su gente, tomó la ofensiva. Duraba tiempo habia el fuego sin ventaja para ambas partes; bramaba el pueblo de impaciencia, y arrojándose impávido á la puerta, le pegó fuego. Aterrados al verlo los suizos, y temiendo su comandante cudiese el incendio por todo el cuartel, probó de retirarse por la parte posterior del edificio; pero en aquel instante acababa de ceder la puerta, por donde se precipitaban los sitiadores, que encontrándose adentro con los suizos, empuñaron un combate horrendo, que solo se acabó con la muerte del temerario comandante y de la mayor parte de la tropa.

Aquí terminó aquella lucha de tres dias, en que un pueblo heroico hizo alarde de cuantas virtudes pueden adornar á un hombre magnánimo y generoso, perdonando despues de vencer, no insultando á los de opinion contraria, respetando la propiedad, y protegiendo los monumentos públicos, á los cuales preservó de todo funesto accidente. Brillantes hechos particulares y detalles preciosos, que no podemos mencionar sin incurrir en la nota de prolijos, demostraron á la Europa el valor de aquella juventud, de aquellos estudiantes, colegiales, tenderos, jornaleros, mendigos, comerciantes, literatos y propietarios, que tantas veces arrostraron la muerte durante las tres jornadas. Su humanidad y prevision corrió parejas con su ardor; los que caian heridos ya no pertenecian mas que á un bando, al de los desgraciados, y aquel generoso pueblo los transportaba á los hospitales, sin considerar si vestían la blusa del artesano ó el uniforme de la guardia. No bastando los hospitales ya establecidos, instaláronse otros interinos y ambulantes; los boticarios acudian solícitos á franquear los remedios; los facultativos, ya desde que se em-



peñó seriamente la lucha, esperaban en la cabecera de los lechos preparados, ó discurrían de una á otra parte prodigando sus socorros, mientras el bello sexo, dejándose llevar de su natural compasion y olvidando la etiqueta y consideracion de clases, traía á todos los puntos vendas, trapos y cuanto era menester para la curacion de los heridos. Nunca el sol alumbrára semejante escena; y la sombra de Napoleon, que vagaba entorno de su coluna, regocijóse tal vez al ver la grandeza del pueblo que tanto amó, y que empezaba á vengar su ultrajada memoria, echando vergonzosamente de Paris á uno de sus antiguos mariscales, al ingrato Marmont!

Entretanto Laffitte y sus cólegas cumplieran su promesa de lanzarse en la revolucion, y ya en la reunion, que por la mañana se tuvo en casa de aquel, quedó nombrado Laffayette gefe superior de la fuerza armada de Paris, y el general Gerard recibió el encargo de dirigir las operaciones activas. Pasó enseguida aquel á las Casas Consistoriales, cuyo mando le cedió Doubourg con agrado, mientras Gerard, con el general Pajol y su estado mayor recorría las calles, uniendo á la causa del pueblo los regimientos de línea y organizando las fuerzas populares, entre los incesantes gritos, no ya de *viva la Carta!* sino de *viva la patria y la libertad! abajo los Borbones!* Tomado el Louvre, procedióse á verificar el nombramiento de una comision municipal, que recayó en Laffitte, Perier, Lobau, Andry de Puyraveau, Mauguin y Schonen; y trasladándose estos al momento á las Casas Consistoriales, escoltados por una inmensa muchedumbre, instaláronse en ellas. Pasemos por alto el restablecimiento de la guardia nacional, los acertados trabajos y desvelos de la comision municipal, y los inmensos sacrificios, que para dar alimento al pueblo hicieron muchos ciudadanos, en particular Laffitte. Llegaron por fin tres enviados de Saint-Cloud, portadores de tres reales órdenes, que reformaban el ministerio y revocaban las fatales ordenanzas; leyéronlas á la comision municipal, é intercedieron en favor del desventurado monarca. *Es tarde ya!* exclamó Mauguin, y aquella terrible sentencia, que repitieron Schonen y Puyraveau, cerró la boca á los enviados,

que fueron á participar á su amo la palabra que le hacia descender del trono. Entretanto rodeaban á Lafayette todos los héroes de los tres dias; unos le pedían la república, otros Napoleon II con una constitucion fundada en la declaracion de los representantes de los cien dias, y todos le suplicaban no consintiese que se diera gefe á la nacion sin consultarla antes: súplicas inútiles, á que debia responder el mas imprevisto desenlace.

El dia 30 Paris ofrecia un cuadro interesante y triste. Muchos fueran los valientes que sellaron con su sangre el triunfo de la libertad, y sus cadáveres yacian aun donde les alcanzó la muerte: era de ver el afan con que las madres, esposas, padres é hijos recorrían calles y plazas buscando el objeto de sus ansias, ó registraban los atestados hospitales. La naturaleza recobraba su imperio, y su voz hablaba mas alto que la de las pasiones. Abriéronse en el mismo teatro del combate profundas zanjas, donde se enterraron los despojos de los que murieron por la patria; y entre el llanto de los deudos y amigos, entre los lejanos clamores de la todavía conmovida muchedumbre y los esparcidos destrozos de la pelea, era sublime ver á un sencillo presbítero, revestido con sus hábitos sacerdotales, arrostrar los insultos, y cruzando cual signo de paz entre los alaridos de guerra ir con humildad, recogimiento y resignacion á orar por los difuntos, y á santificar con sus bendiciones la tierra que esperaba los cadáveres. Ninguna lápida decoró su tumba; el dolor y llanto de los asistentes fué su elogio fúnebre, y una sencilla cruz de madera, y un estandarte tricolor contenian la inscripcion mas sencilla aun de *A los franceses muertos en defensa de la libertad!*

Pero mientras se llenaban tan piadosos deberes, no se descuidaba la defensa de la poblacion, que por todas partes volvía á su movimiento guerrero; pues hartó sabido era que las tropas del campamento de Saint-Omer recibieran orden de marchar á Paris, de manera que, reunidas con la guardia real, los suizos y los batallones de línea que en Saint-Cloud estaban, ascenderian á treinta mil hombres. Era, pues, de temer un nuevo ataque, y Paris se preparó para recibirlo. Sin



embargo el desaliento y confusion reinaban en la corte, que ciertamente no pensaba entonces en emplear otra vez la fuerza, contentándose al contrario con comisionar enviados, que en vano probaron conciliar los ánimos y conservar la corona en las sienes de su amo. La nacion no queria ya que reinase en ella aquella dinastía, cuya sola presencia era una eterna protesta contra toda la Revolucion; pero desgraciadamente los vencedores no estaban acordes acerca de lo que debia reemplazar al caído trono de los Borbones, y aun despues de resuelta esta cuestion, no ha callado la voz de los partidos, pretendiendo cada cual que las probabilidades estaban á su favor y que se resolvió como no debiera. No es nuestro ánimo, ni á nosotros toca analizar y ecsaminar aquí á cual debia darse la preferencia, si á la República, á Napoleon II ó á Enrique V; las notabilidades de todas las opiniones han tratado con tino y maestría esta difícil cuestion, y á ellas remitimos al deseo de estudiar sus combinaciones políticas. A fin, pues, de evitar por entonces ya una restauracion odiosa al pueblo, ya la proclamacion de la República, objeto de espanto para no pocos, quedó acordado que se ofreciese al duque de Orleans el cargo de lugarteniente general del reino, y aceptando este, reuniéronse luego los diputados para redactar un programa que contenia las principales condiciones con que se le conferia el mando, tras lo cual, levantaron la sesion y en número de noventa y dos se dirigieron al Palais-Royal para leerlo al príncipe. Recibiélos este con agrado, y despues de escuchar la lectura del indicado programa, contestó:

«Como francés, siento los males del pais y que se haya derramado sangre; y como príncipe, nada me puede ser mas grato que contribuir á la felicidad de la nacion. Señores, vamos á las Casas Consistoriales.» Y al punto púsose en movimiento la noble comitiva, abriéndose paso con dificultad á traves del inmenso y entusiasmado gentío que lo saludaba con regocijadas aclamaciones. Al llegar á las Casas Consistoriales, salió Lafayette á la graderia exterior á recibir el príncipe, y no pudiendo contener su emocion, precipitáronse uno en brazos de otro, mientras el pueblo aplaudia arrebatado tan tierno y lisongero acto. Pasando luego al salon, donde llegó el prin-

cipe con harto trabajo, apoyado familiarmente en brazos de Laffitte y de Lafayette, leyó Viennet en alta voz el manifiesto de los diputados, á que contestó el príncipe con enérgicas y sencillas razones; y tomando una bandera tricolor con una mano, y asido con la otra de la de Lafayette, asomóse á la ventana, y saludó al pueblo, blandiendo y agitando en el aire el estandarte querido de la Francia, el que hiciera temblar á la coalicion de todos los tronos, y habia ondeado en las torres de todas las capitales de Europa.

Mientras un nuevo poder y un nuevo trono se levantaba de entre las barricadas, viéra Carlos X abandonarle poco á poco cuantos le quemaban incienso la víspera, y Saint-Cloud estaba tristemente desierto y silencioso. Temiendo que su permanencia en aquel punto irritase á los parisienses, y viendo que ya empezaban á sublevarse los campesinos, partió á Rambouillet escoltado por diez mil hombres, únicos de los realistas en quienes ardia un corazon noble y fiel, y que, aunque con repugnancia, defendieron á su rey contra los ataques populares y le protegieron hasta su salida del reino. Pero como su presencia en una ciudad tan vecina á la capital no era á propósito para calmar y desvanecer los recelos de los habitantes de esta; envió el lugarteniente Odilon-Barrot, Schonen y el mariscal Maison para que le demostrasen cuan necesario era salir de Rambouillet; y para dar mas peso á sus razones, destacó una division de nacionales y de voluntarios, que á su paso debia reforzarse con la milicia de los alrededores. Así, despues de abdicar á favor de su nieto, partió aquella desventurada familia real por tercera vez á pais extranjero, donde tarde habrá quizás reconocido las faltas, escesos é imprudentes disposiciones que le costaron una corona!

En toda la Francia ondeaba el estandarte tricolor, y el ejército recibió con orgullo las proscritas banderas despedazadas por el fuego de cien batallas. Señalárase el 3 de agosto para la apertura de las cámaras, y organizárase el nuevo ministerio, en que figuraban Dupont de l'Eure, Gerard, Luis, Guizot, Jourdan, Bignon, Tupinier y Girod de l'Ain. Llegó



por fin el 3 de agosto, y mientras Carlos caminaba al extranjero, el duque de Orleans abrió solemnemente las cámaras, á las cuales participó la abdicacion de aquel monarca y del delfin. Sumamente agitadas, como era de esperar, fueron las primeras sesiones; los realistas disputaron el terreno con firmeza, y el grande, el virtuoso Chateaubriand hizo entonces oír por última vez su voz poderosa y conciliadora en medio de aquella multitud de cobardes, aduladores é ingratos; era la última página con que el genio cerraba el libro de la dinastía, y no sin gracia se le ha llamado el postrer canto del cisne. No se descuidaban los republicanos y cuantos opinaban que debia consultarse á la nacion antes de darle un nuevo señor; pero declarado por fin vacante el trono de hecho y de derecho, y revisada la Carta, propúsose el duque de Orleans para ocuparlo, con el título de rey de los franceses. Inmediatamente la cámara entera pasó al palacio del príncipe á participarle su resolucion, y habiendo este aceptado, salió al balcon con Laffitte, y se arrojó en sus brazos, como si quisiese significar al pueblo que se arrojaba en los de la nacion. El 9 se celebró la sesion regia, en que, declarando el príncipe que aceptaba sin restriccion ni reserva cuantas cláusulas y obligaciones contenia el acta de los diputados, pronunció el siguiente juramento:

«Juro ante Dios observar fielmente la Carta con las modificaciones que espresa el acta de los diputados, gobernar solo por las leyes y conforme á las leyes, hacer buena y exacta justicia á cada cual segun su derecho, y no reconocer en todos mis actos otro objeto que el interés, el bienestar y la gloria del pueblo francés.»

Y recibiendo las reales insignias, acto continuo S. M. Luis Felipe I, rey de los franceses, firmó la declaracion mencionada, y arengó á aquellos pares y diputados que, gracias al heroismo y sacrificios del pueblo, trocaron su corona ducal por la de los reyes.

---

Este fué el término de aquella famosa Revolucion, que hemos trazado con la concision posible, pues no eran para este lugar sus infinitos detalles, las intrigas políticas, la marcha de

las discusiones y las modificaciones hechas en la Carta. La Historia general recogerá algun dia estos preciosos datos, que todavía andan desfigurados por el espíritu de partido ó por la esageracion natural y propia de semejantes mutaciones de gobierno. Tal vez en los últimos acontecimientos se note cierta obscuridad y escasez de hechos, que no sin intencion nos propusimos guardar en nuestro breve apéndice: el imprevisto desenlace de la Revolucion todavía entretiene las discusiones de los hombres de estado; todos los partidos han combatido la monarquía de 1830, única, en nuestro pobre concepto, conveniente al estado de la Francia, y no seremos nosotros quienes intentemos pesar sus razones y decidir á favor de quien debe caer la balanza. Una verdad, sin embargo, se desprende de todos estos sucesos: no siempre los que hacen una revolucion, se aprovechan de ella; y regularmente el talento, que está en acecho espionando aquel instante indefinible, que casi ni instante es, en que ya está decidida la victoria cuando aun teme el vencedor é ignora su triunfo, el talento, repetimos, sale de repente de su inaccion y se apodera de todos los despojos. Asi casi todas las revoluciones que han variado la faz de los imperios fueron motivo de particulares fortunas, y de este modo los pueblos casi siempre no han sido mas que miserables ruedas de la máquina, de cuyo pavoroso estrépito y movimiento se han valido los políticos y los dictadores.

FIN.



